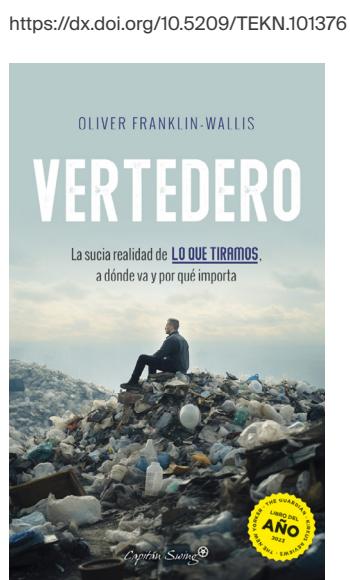


Reseña/Review (Franklin-Wallis, Oliver, “Vertedero. La sucia realidad de lo que tiramos, a dónde va y por qué importa”, Editorial Capitán Swing, S.L., ISBN/DOI: 978-84-129530-0-8, 392 págs., 2025)

Natalia Izquierdo LópezIES Juan de la Cierva y Codorníu (España)  

geramos, sino porque desde el distanciamiento y el compromiso de un completísimo reportaje periodístico, afronta el extraordinario desafío de la gestión técnica de los residuos (Franklin-Wallis, 2025, p. 323). Fruto de haber seguido la pista a los desechos durante cuatro años, su ensayo se asemeja a una aséptica visita guiada por el planeta-vertedero contemporáneo, a lo largo de la cual aborda la cuestión que para el sociólogo Zygmunt Bauman constituye la «más funesta consecuencia del triunfo» de esa modernidad que, dando una vez más muestras de su colonialismo ancestral, metamorfoseado ahora en un «colonialismo tóxico», ha convertido «los residuos en el problema de otro» (Bauman, 2005, p. 25; Franklin-Wallis, 2025, p. 92). No en vano, como el autor desvela en su trabajo, desde que en el año 2018 China se negara a ser ya la receptora de la basura mundial, esta ha entrado en un vertiginoso ciclo clandestino en virtud del cual cada seis meses afluye a un país distinto, pues para los legisladores la regulación y el seguimiento del tráfico de desechos, tanto local como internacional, dista mucho de ser una prioridad. Es precisamente esto lo que explica que, desde la fecha señalada más arriba, nuestros detritos proliferen en vertederos y plantas ilegales de procesamiento en múltiples suburbios de la India, Vietnam, Tailandia, Bangladesh, Malasia, Ghana,

«Hay libros domesticados, que te dan siempre la razón, incluso cuando no la tienes, y libros salvajes, que lees boqueando, como si acabaran de sacarte de la atmósfera o de las profundidades del océano» (Millás, 2018). *Vertedero*, del periodista británico Oliver Franklin-Wallis, pertenece sin duda a esta última especie libresca, y no porque retrate con tintes apocalípticos la dantesca cantidad de basura que ge-

etc., donde enseguida colapsan sus sistemas de reciclaje, se prohíbe su importación y, cual macabro juego de azar, la ruleta rusa de la inmundicia vuelve a girar. Por ello no es extraño que, denunciando los profundos vínculos entre neoliberalismo, progreso industrial, pobreza y desigualdad, a la manera de un Charles Dickens de la era global, el reportero británico nos presente en su ensayo una elocuente taxonomía de las miserias existencias que, en los países más pobres o en vías de desarrollo, han hallado en la basura una peligrosa forma de supervivencia. Tal es el caso de los ‘niños quemadores’ de Guiyu (China) y Agbogbloshie (Ghana), intoxicados por el plomo y los vapores venenosos de la quema de residuos electrónicos, o de las jóvenes porteadoras, migrantes y analfabetas del desproporcionado mercado textil de Kantamanto (Ghana), cuya tierna columna vertebral se ve tempranamente dañada por los pesados fardos de prendas que cargan sobre sus cabezas (Franklin-Wallis, 2025, pp. 250-251).

Estas son solo algunas de las vidas desperdiciadas del actual sistema de la basura global en el que, mientras que los detritos continúan creciendo a un ritmo que supera cualquier esfuerzo, la base del enfoque regulatorio se sigue fundamentando en la conocida como ‘teoría del umbral’, afianzada sobre el presupuesto de que es la dosis la que hace el veneno (Franklin-Wallis, 2025, p. 258). Además de presumir de que la naturaleza puede metabolizar todos nuestros desechos, y de dar carta blanca de circulación a cientos de miles de productos químicos, muchos de ellos eternos, la referida teoría se basa no «tanto en eliminar la contaminación como en establecer cuánta se permite, dónde y por parte de quién» (Franklin-Wallis, 2025, p. 259). Frente a este discriminatorio planteamiento, y a tenor de los últimos datos acerca del número de sustancias que empiezan a amenazar a los seres vivos y a la totalidad de los procesos ecológicos del planeta, Franklin-Wallis entiende que ha llegado la hora de abrazar la kármica ‘teoría del bumerán’, fundada a su vez en el convencimiento de que todo lo que tiramos nos será devuelto. Esto, con la esperanza de que reflexionemos sobre la forma en que se hacen las cosas y su coste verdadero (Franklin-Wallis, 2025, p. 279).

Tratando de hacer realidad este deseo, el autor aporta en su libro una abrumadora cantidad de datos estadísticos para iluminar la deliberada opacidad del sistema de reciclaje a nivel mundial, el cual no solo se alimenta «del consumo voraz de todo lo nuevo», sino que ha trocado el desperdicio de consecuencia en objetivo (Franklin-Wallis, 2025, p. 85). Voluntariamente abstruso, apto para el fraude, el contrabando y el trabajo esclavizante, hoy en día está dominado por intermediarios escurridizos, a la par que presidido por la falta de información en torno al cómo y al cuánto se está llevando a cabo, así como por los falaces métodos empleados para calcularlo. Con el fin de ilustrarlo, el investigador inglés afirma que las cifras aportadas no miden lo que realmente se recicla, sino más bien «la cantidad de residuos que ingresan en instituciones de reciclado», al tiempo que, en algunos países, los contenedores con detritos se consideran tratados desde el instante en que salen de puerto sin que los empresarios tengan que presentar prueba alguna acerca de su procesamiento (Franklin-Wallis, 2025, pp. 87, 106). De igual modo, el periodista detalla cómo, en el tercer cuarto del siglo XX, lejos de asumir su responsabilidad por la creciente afluencia de desechos, la industria de los envases de Estados Unidos culpó de esta a los ciudadanos arguyendo que si «hay personas que empiezan la contaminación, hay personas que pueden detenerla» (Franklin-Wallis, 2025, p. 78). Además de aprestarse a fundar Keep America Beautiful, una altruista organización medioambiental de resonancias trumpianas, las grandes multinacionales del sector (Coca-Cola, American Can Company, Pepsi-Co.) intentaron, asimismo, esquivar las leyes que prohibían la venta de materiales desechables, como el poliestireno empleado en la fabricación de embalajes. Para ello, impulsaron cada vez más el reciclaje, y esto aun cuando sus propias investigaciones internas dudaban de que este resultase alguna vez económicamente viable. No obstante, Franklin-Wallis sostiene que no deberíamos apresurarnos a rechazar este imperfecto y adulterado sistema de reciclado porque tal vez sea la mejor opción de la que disponemos para encarar, al menos a corto plazo, la crisis de residuos actual.

Pero si el tratamiento del plástico es mendaz y poco efectivo, el de los textiles discurre por el mismo camino. En realidad, la moda no es sino «el negocio de los desechos», pues «su propia existencia es la obsolescencia», la cual se ha visto vertiginosamente acelerada desde que, en lugar de cuatro temporadas al año, y debido a la mano de obra barata de países como Bangladesh o China, las firmas realizan lanzamientos de «colecciones cápsula todos los días» (Franklin-Wallis, 2025, pp. 142-143). Generadora del 10% de las emisiones de carbono, esta industria produce una cantidad prodigiosa de residuos que empiezan en la factoría, ya que en torno al 25% de los textiles elaborados nunca se comercializa. A este porcentaje hay que sumar el enorme despilfarro de prendas intactas y usadas que se acumulan en nuestras casas, cuya proporción se ha duplicado desde que, a partir de 2010, los supermercados se pasaran también a la 'moda rápida'. Tanto en uno como en otro caso, salvo la de mayor calidad que se vende a través de conocidas aplicaciones informáticas, gran parte de esta ropa se entierra, quema o precipita en el circuito de

donaciones paternalistas y exportaciones coloniales (Franklin-Wallis, 2025, p. 161). Así, puesto que en el Norte global sale más barato donarla o exportarla que reciclarla, la 'moda' llega entonces a Chile, Togo o Ghana, donde, después de no pocas trampas y estafas, destruye el sector textil local, genera infrapuestos de trabajo e insalubres asentamientos humanos, al tiempo que, de un día para otro, termina dando paso a descomunales vertederos improvisados. En estos, al absorber el agua, los textiles se mezclan con la tierra y el cieno, empastándose como el cemento e impidiendo el filtrado del gas metano que, a su vez, acaba explotando y contaminando ríos y corrientes subterráneas, empobreciendo así a unos gobiernos incapaces de hacer frente a la gestión de los desechos, por lo que se ven obligados a solicitar préstamos al Banco Mundial, reforzando si cabe todavía más el viejo vínculo colonial.

Por su parte, mientras que el número de millones de personas que padecen hambre en el mundo se incrementa cada día, en el sector de los alimentos se tira hasta un tercio de estos, según Naciones Unidas. A este obsceno despilfarro se añade el de la ingente cantidad de recursos invertidos en su producción –mano de obra, agua, tierras, etc.–, con la consiguiente degradación de casi una tercera parte de la superficie del planeta (Franklin-Wallis, 2025, p. 225). Asimismo, desde que en 2015 el Acuerdo de París sobre el Clima estableciera el objetivo de reducir a la mitad tal desperdicio, numerosos países han aprobado leyes y disposiciones que alientan las donaciones. De este modo, en un claro caso de deslocalización de residuos, las grandes cadenas de supermercados que desecharán los alimentos ya no tienen que pagar para que acudan a recogerlos, los incineren o arrojen a vertederos. Antes bien, obtienen beneficios desprendiéndose de estos, destinándolos a la alimentación animal o a la producción de biogás, la cual representa el clímax de un proceso que reduce lo vivo a lo muerto y transforma la naturaleza en número o en dinero (Franklin-Wallis, 2025, p. 242; Hesse, 2004, p. 289). De la misma manera, amparándose en una controvertida caridad, las donaciones a organizaciones benéficas y a bancos de comida enmascaran realmente problemas de mucha mayor entidad, entre ellos las importantes fallas de nuestro Estado del Bienestar. Y es que, además de la fractura metabólica denunciada por Karl Marx en *El Capital* (2021), no solo estamos impidiendo el regreso de los alimentos a la tierra, sino que, desde hace siglos, venimos atiborrándola con venenos sintéticos que llevan nuestro sello y que rompen el ciclo natural de descomposición y renacimiento, rivalizando así con el demiurgo del universo (Franklin-Wallis, 2025, p. 246).

A este respecto, el autor da cuenta en su libro de las cada vez más extensas y numerosas zonas de sacrificio erigidas en nombre del progreso y del beneficio; es decir, de esa monstruosa arquitectura antropogénica sobre la que sentimos que planea el espíritu de las cosas muertas (Klíma, 1992, p. 22). Tal es el caso de ciertas islas deshabitadas del Pacífico, atestadas de residuos no clasificados provenientes de Estados Unidos; de los macrovertederos informales de Ghazipur (India), o Lahore (Pakistán), cuyas colosales emisiones de metano son visibles desde el espacio; de las masas de lodo azul luminoso que

alfombran los suburbios de Jajmau y Unnao (India), donde el cromo hexavalente destilado por las curtidorías se infiltra en las entrañas de la vida; del marciano paisaje tóxico producido por el desbordamiento de la presa de desechos mineros de Brumadinho (Brasil); de los fantasmagóricos miles de kilómetros cuadrados surgidos en torno a las aguas rojo escarlata del arroyo Tar Creek (Estados Unidos), donde los montículos de *chat*, cargados de zinc, plomo y cadmio, son exorcizados por varias generaciones de indios nativos quapaw, o de la vasta red de túneles subterráneos que ahora mismo se está excavando en lo profundo del bosque que rodea la localidad finesa de Eurajoki, destinada a albergar residuos radiactivos durante al menos los próximos cien mil años.

Atravesando en su distópico viaje todos estos «monumentos a la masacre», esta geoespectral ingeniería de la humanidad, Franklin-Wallis nos enseña que «la basura es la interconexión visible entre la vida cotidiana y los horrores profundos, y con frecuencia abstractos» del neoliberalismo y del cambio climático, es decir, de ese colonialismo devastador impuesto a nosotros mismos y a nuestros hijos (Franklin-Wallis, 2025, p. 357). No obstante, estos tienen el derecho y el deber de saber que, depositados en recónditos estratos geológicos o extendidos por miles de superficies-precipicio, moran desechos ponzoñosos e insólitos artefactos explosivos, más duraderos que la historia de la humanidad, capaces de nivelarlo todo con el poder igualador de un cataclismo que, volatilizando a pobres y ricos, solo dejará en pie los bastiones infectos de ese capitalismo que, insaciable en su voracidad, gira cada vez más deprisa a la manera de un regresivo Big Bang (Franklin-Wallis, 2025, pp. 354-369).

Para prevenir esta fatalidad, el autor nos alerta del peligro en que se encuentran la economía circular y el actual movimiento de 'residuos cero', los cuales corren el riesgo de ser cooptados por las mismas fuerzas que tratan de evitarlos (Franklin-Wallis, 2025, p. 369). Con idéntico objetivo, el reportero nos insta a que no confundamos el ecopostureo ni el reemplazo de una forma de consumo por otra como una transformación del capitalismo, y mucho menos de nosotros mismos. En este sentido, afirma que el desafío de la gestión de residuos no es solo físico, sino también espiritual, como muestra al hacerse eco en su trabajo de la manera de ser, obrar y pensar de John Cossam, director del grupo de Facebook para fríos (activistas anticonsumo entre cuyas principales acciones destaca la recuperación de alimentos desechados por supermercados y restaurantes) más grande del Reino Unido y considerado como la persona con la menor huella de carbono del país por la organización benéfica Oxfam. Experto en todo lo relacionado con el desperdicio alimentario y apodado 'Compost John' por dedicarse igualmente al compostaje, Cossam no conduce, no viaja en avión, no tiene electrodomésticos ni televisión, pues su estilo de vida, revolucionario y excéntrico, se basa en limitar la utilización de recursos, el consumo de energía

y la producción de restos (Franklin-Wallis, 2025, p. 195). Para este hombre modélico en materia de gestión individual de desechos, su procesamiento no es solo una técnica, sino un *ethos*; una forma de devolverle a la naturaleza lo que esta nos presta; una manera de fundar la propia vida humana sobre la gratitud y la bondad; una actitud militante y política que reconoce a la Madre-Tierra y a todas las criaturas que viven en ella como seres vivos con los que «tenemos una relación indivisible, interdependiente, complementaria y espiritual» (Löwy y Sayre, 2024, p. 231).

Leyendo *Vertedero* nos asalta la pregunta de si nuestra verdadera pasión es «gozar de las cosas nuevas o alejar de nosotros» una recurrente impureza (Calvino, 1993, p. 125). Y es que, conforme nos adentramos en sus páginas, vamos tomando conciencia de lo lejos que nos hallamos de esa humildad e interconexión con el planeta que Compost John representa, así como de todos esos otros sistemas humanos —indígenas, premodernos, precapitalistas...— que resistieron y resisten poderosamente al Antropoceno, convencidos de que todas las criaturas de la Tierra somos iguales y estamos hechas de la misma materia; de que hay en ella «una riqueza que ni nosotros ni nuestra economía puede contabilizar» (Klein, 2015). porque no pertenece a la libre-cambista categoría de las mercancías.

Sumergiéndonos en el ensayo de Franklin-Wallis creemos estar asistiendo a un experimento muy largo y muy costoso cuyo final no conocemos. No obstante, si ansían disponer de algún indicio, lean este libro, donde con la pericia de un novelista, a medida que avanza la trama de los residuos, su autor da un giro argumental con el que la realidad adquiere visos de leyenda, superstición o mito. Lean y verán cómo el aire se va cargando de electricidad, de forma que, al término de esta fascinante crónica, el mundo mismo parece «un ánfora rara transportada de un lado a otro por un niño» (McCarthy, 2008, p. 241).

Referencias

- Bauman, Zygmunt (2005). *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Paidós.
- Calvino, Italo (1993). *Las ciudades invisibles*. Minotauro.
- Franklin-Wallis, Oliver (2025). *Vertedero. La sucia realidad de lo que tiramos, a dónde va y por qué importa*. Capitán Swing.
- Hesse, Hermann (2004). *Fabulario*. Grupo Editorial Tomo.
- Klein, Naomi (2015). *Esto lo cambia todo*. Paidós.
- Klíma, Ivan (1992). *Amor y basura*. Debate.
- Löwy, Michael y Sayre, Robert (2024). *Anticapitalismo romántico y naturaleza*. Enclave de libros.
- Marx, Karl (2021). *El Capital. Crítica de la economía política*. Siglo XXI.
- McCarthy, Cormac (2008). *Todos los hermosos caballeros*. Random House Mondadori.
- Millás, Juan José (2018, 19 de enero). Ordesa. *El País*. https://elpais.com/elpais/2018/01/18/opinion/1516288300_811588.html